



*Los chillidos del
pájaro*

María Gómez

Me dirigía a la antigua tetería *Madinat*, entre las estrechas calles de piedras. Sí, había vuelto a Córdoba, a aquel lugar que una vez vi brillar y que, sin embargo, llegó a convertirse en una ciudad sombría donde ya sólo habitaban fantasmas.

Dos imágenes asaltaban mi mente de una forma tan real y desconcertante como lo había sido cinco años atrás: la visión fatídica de aquella chica, aquella compañera de cuarto curso empotrada en la silla...; y la de un antiguo profesor, don Diego.

Al girar la esquina, la legendaria facultad de filosofía y letras se alzaba ante mí: sólida y solemne, imperecedera...; exactamente igual que antaño.

Las figuras del pasado y los incesantes ruidos habían permanecido ocultos en mi pensamiento durante aquellos años; y si bien, de alguna manera, deseé convencerme a mi misma de que había logrado apartar a un lado su sombra, ahora ésta regresaba hacia mí tumultuosa, produciéndome una extraña sensación que recorre la intensa melancolía y el horror.

El suceso llegó realmente a consternarme, a fragmentar de tal forma mi espíritu, que abandoné todos mis propósitos, mis motivaciones...

Y volver... ¿Por qué volver? La respuesta a esta pregunta aún estaba sin contestar; quién sabe, ¿quizás para acallar los temibles gritos de mi alma? O porque... resultaba imposible olvidar...

Al final de la delgada calle se distinguían los reflejos azulados provenientes de una ventana, acompañados de una fina capa de humo que desprendía un olor dulce pero atrayente.

Los escuchaba como si estuviesen ahí, vivos, en medio de la calzada: «Marta, ¿qué vas a hacer mañana?». «Marta... ¿hoy quieres quedar conmigo?». «Marta, me dijiste que otro día...»; ese perfil puntiagudo en el umbral de la puerta...

Me encontraba a los pies de la tetería, observando, cuando de pronto, una voz conocida: «Sigues igual que siempre». Miré a un lado y, fue entonces cuando comprendí que allí donde más aflige la oscuridad existen personas imborrables, por más que nos empeñemos en negarlo. Hubo una canción... que alivió con tibieza aquellos días insólitos de mi vida universitaria.

Minutos después llegó Miriam, con una boina de invierno, la nariz colorada y su mirada

enmascarada.

Una chica de aspecto hindú nos servía el té, cuyo olor penetrante recorría las cortinas matizadas y envolvía la tenue luz de la lamparita, arrastrándome irremediabilmente hacia el recuerdo.

- Don Diego, no sé nada de él, pero creo que acabó retirándose definitivamente... -respondió Miriam a mi pregunta.
- Yo tampoco he sabido de él –admitió Tomás.

Sostenía la taza entre mis manos, la mirada fija en el reflejo de mi cara...

- Era un buen profesor – dijo Miriam.

Tomás estaba recostado en el pequeño sofá, parecía algo serio, mirando hacia abajo tras esas nobles gafas que siempre le habían acompañado.

- Recuerdo aquella vez, cuando nos hablaba del amor y la muerte, en clase de literatura -dijo levantando la cabeza-. Fue justo en el comienzo de la enfermedad, recuerdo cómo le temblaban las manos al escribir. Se sentía avergonzado, pero continuó dando la clase con la mayor entereza; se negaba a aceptarlo – hizo una pausa-. A veces pienso... que le dolió profundamente.
- Por aquel entonces yo pasaba largas horas en su despacho como alumna colaboradora –dije-. Una vez estaba sumido en unos trabajos de clase cuando, de pronto, se quitó las gafas, soltó los papeles que estaba corrigiendo y mientras sacaba un pañuelo del estuche, me dijo que debía luchar por aquello en lo que creía...

«Eres muy buena, Sofía»; «No lo olvides, no olvides no olvidar nunca que tienes un don...»; «Yo tan sólo soy un viejo profesor de literatura, pero lo tuyo va mucho más allá...». «Escribe Sofía». Todavía hoy resuenan sus palabras en mi pensamiento... al mismo tiempo que surgen los atormentados chillidos del animal...

- Yo ya escuchaba por las tardes los quejidos del pájaro... -proseguí en mi evocación, mientras Tomás y Miriam me clavaban los ojos.

Acababa de salir del despacho de don Diego y nos dirigíamos a la parada del autobús. Era una tarde de noviembre, el sol comenzaba a desvanecerse originando una estela rojiza en la lejanía.

«¿Qué es eso? ¿lo escuchas?», dije impaciente a Tomás; «Sí, lo he escuchado antes», respondió pensativo; «Yo también lo había escuchado...». «Debe de ser un pájaro, ¿no?»; «Eso parece, pero ¿qué le ocurre? ¿por qué chilla así? Es como si, como si...»; «En el C2 creo que hay laboratorios, quizás...»; «Voy a preguntar qué es eso».

Me dirigí apresuradamente al pequeño aulario del cual procedían los terribles quejidos; subí corriendo las escaleras y me acerqué a conserjería, ¡pero no había nadie!; provenían de la segunda planta, ¡el animal chillaba con tal desesperación! ¡era tan agudo su pesar! ¡parecía que le doliese el alma!

- Me acuerdo muy bien, comenzó a escucharse cada tarde –dijo Tomás incorporándose para coger la taza. Tras una breve pausa, sus labios languidecidos pronunciaron las siguientes palabras:
- Poco después ocurrió todo... Dios mío...

Miriam y yo lo miramos con la sensación común de estremecimiento que sugería el pasado. Sí, se hacía inevitable evocar a los fantasmas...

- La perseguía constantemente –soltó Miriam de una vez-. Ella ya no sabía qué excusas poner... Se reía... Pero nunca nadie pudo imaginar que...

Las luces purpúreas flotaban a mi alrededor, los ojos petrificados emergiendo del brebaje escarlata, la gruesa figura escondida al otro lado de la puerta... Todo me atormentaba, todo...

Ocurrió una de aquellas tardes, en el salón de actos de Rabanales. La enorme sala estaba repleta de alumnos, nos preparábamos para ver una película con motivo del movimiento romántico que, por entonces, impartía don Diego:

- El individuo va a intentar escapar de la realidad que le rodea, evadirse a través del sueño y la imaginación –expresaba con firmeza el profesor-. El amor y la muerte se entrecruzan en una atmósfera lóbrega, lugares ocultos... Elementos todos ellos que podréis apreciar en la película.

Nos observó a todos durante un instante: tras las difusas gafas de cristal, sus ojos parecían presagiar un destino inclemente y frustrado, que se imponía sin vuelta atrás...

Con el semblante recto, la barba blanca y noble, el espíritu benévolo, dijo finalmente: «Comencemos entonces».

Se apagaron las luces, la sala quedó en la más completa oscuridad, en medio del turbador silencio sólo se escuchaba el crujido de los cables que colocaba el técnico; todo parecía introducirnos en la más absoluta película de miedo...

Recuerdo que miré detenidamente hacia abajo: la sala semiesférica presentaba dos puertas en los laterales, estas poseían unas ventanitas circulares que reflejaban una luz blanca del exterior.

Algo desconcertante vagaba en el ambiente, la película no se había proyectado aún, miré de nuevo hacia abajo: ¡las luces! ¡las luces fluorescentes de la ventanita! ese insoportable desasosiego...

Entonces mis ojos se estremecieron al mirar una vez más: allí, en la penumbra inquietante, apareció una figura gruesa y tosca a través de la puerta... Recuerdo el perfil de su nariz, curvado y puntiagudo... sobresaliendo en el resplandor...

¡De pronto una explosión! «¿Qué ha sido eso?», saltaron las voces; «¡Eso! ¿Qué ha sido?», gritaban sobresaltados. Encendieron la luz: la mitad de la clase se hallaba en pie; miramos a nuestro alrededor, en busca de algo, algún daño, pero todo parecía estar en calma. «¿Está todo el mundo bien?» intervino don Diego. Y de repente... ¡un grito estalló en medio de la sala! «¡Dónde! ¡De dónde procedía...!»». Hasta que mis ojos se postraron ante esa mirada de horror: una chica tenía la cara cubierta con sus demacrados dedos, dejando entrever sus ojos que sobresalían de sus órbitas... y el grito agarrotado de su boca.... Entonces mis ojos se fueron deslizando lentamente hacia el sillón de al lado: la muchacha se hallaba retorcida con un tiro en la cabeza.

Saltó la alarma y entraron varios guardias de seguridad y conserjes; recuerdo como el pánico empezó a desmoronarme, los alumnos se disponían a abandonar el aula a toda costa, pero justo antes de que ninguno lo lograra, retumbó otro disparo procedente del pasillo de acceso... Una mano me agarró mientras desfallecía...

La tarde comenzó a tornarse gris, el suave polvo purpúreo descendía por la pared y acentuaba las pupilas bordadas en las cortinas de excéntricos colores...

- Supongo que todos hemos estado locos... –dijo Tomás mirando al vacío, mientras yo intentaba captar el verdadero significado de esas palabras...
- Nadie sospechaba lo de la enfermedad –dijo Miriam-. Era... de lo más normal...

- Lo sabían –dijo Tomás con certitud, ubicando la tacita en la mesa-. Sólo que hubo que esperar a que ocurriera una desgracia para tomar en serio lo que ya no tenía solución.

El silencio consecuente desenterraba por nosotros las amargas sentencias del pasado...

- Pobre chica – dijo Tomás-. Una vez me refirió el tema, me dijo con todo su buen humor que ya no sabía cómo escabullirse, que si se me ocurría alguna idea, por favor se la comunicara urgentemente. Nos reíamos mucho, se burlaba de esos gestos tan raros que él hacía con las manos, tenían aspecto de... pico... Pero siempre pensé... Antes de que supiéramos lo de la esquizofrenia, yo pensaba que era un buen muchacho.

Tomás bajó la mirada. Siempre me había fijado en ese aspecto entre melancólico y meditabundo que, de alguna manera le definía y encerraba bajo sus lúcidas gafas. Estaba segura de que continuaba siendo esa clase de “bicho raro” que una y otra vez tropezaba con el mundo, casi por casualidad, sin que éste lo percibiera apenas.

- Dicen que el espectro de Marta merodea sollozando por los pasillos de la facultad. Y que él, al fin, consiguió a su amor... ¡uff! Ya sabes, son las cosas que inventa la gente; aunque yo no sé si creérmelo, me da escalofríos... -dijo Miriam soltando una risilla.
- Sí... -dije, prosiguiendo tras una pausa- Tengo entendido que el campus lleva años abandonado.
- Sí, estaba en obras y, ya sabes, con esto de la crisis hace tiempo que las interrumpieron –dijo ella-. En fin, nada volvió a ser lo mismo. Sólo los fantasmas habitan allí...-volvió a referir con su irónica sonrisa.

Sí, esos fantasmas que, aunque por entonces fuera incapaz de concebirlo, ahora bien sé que no me hacían estar más cuerda que aquel desdichado muchacho, constituyendo mi propia esquizofrenia.

Desde que ocurrió la tragedia, yo los veía deambulando a través del cristal...

Me hallaba suspendida, la boca entreabierta, poseída por la oscuridad latente al otro lado de la ventanita esférica: su cara pálida, con los labios ensangrentados, flotaba en círculos por el interior del aula... y se aproximaba hacia a mí... se aproximaba hacia

mí... Yo no podía moverme, ¡mis piernas estaban paralizadas!

Entonces, una mano se posó con dulzura en mi hombro: «No te preocupes Sofía, sólo es tu imaginación».

La chica hindú nos trajo la cuenta. A través de la ventana el viento soplaba con más fuerza y la gente pasaba de un lado para otro con abrigos y botas de agua.

- Don Diego se marchó poco tiempo después – dijo Tomás abstraído.
- Sí, ya no aguantó mucho más... -dijo Miriam.

Don Diego... Qué será de él, me pregunto todavía hoy; aunque, algo en mi interior me dice que es muy probable que, allá donde esté, ese viejo profesor siga dando clases a algún discípulo añorado.

Aquella vez estaba en su escritorio, corrigiendo o redactando algunas notas. Yo estaba centrada en la revisión de unos trabajos que él me había encomendado. De pronto, el bolígrafo con el que escribía salió disparado y yo me levanté rápidamente a recogerlo.

Recuerdo que estaba ahí, sentado, con las manos temblando... Su cara abatida miraba el bolígrafo que coloqué sobre la mesa. Volví a mi sitio y continué con mi tarea sin saber qué hacer, qué decir o no decir. Entonces se levantó y sus palabras sonaron con tan dolorosa veracidad, con tal desconsuelo, que jamás las he olvidado: «Llevo treinta años dando clase... Durante treinta años estas manos han sido el instrumento más importante de mi carrera, con ellas he enseñado, corregido, guiado, gobernado... Y todo, para qué... ¿para qué? si ahora he de abandonarlas». Hizo una pausa y prosiguió, sus ojos hundidos en el vacío: «Todo pudo haberse evitado, todo...»; «Los humanos cometemos errores, a veces terribles»; «El mundo es injusto Sofía, injusto...»

Se acercó a la estantería e intentó coger uno de los libros que sobresalían, luchó perseverante contra su propia impotencia; después se volvió hacia mí y dijo: «Ten, quédatelo y escribe Sofía, escribe»; «Lucha contra tus fantasmas, sácalos de ti y no dejes que nada ni nadie te atemorice; ni siquiera los gritos más profundos que subyacen en tu alma»; «No te resignes a la vida... No seas convencional... Y serás alguien».

Permaneció poco tiempo más en el despacho; después recogió sus cosas y, asomada desde la puerta, pude ver cómo un hombre con una carpeta marrón bajo el brazo, de pelo blanco y mirada melancólica, se alejaba lentamente al final del pasillo... Era una

tarde de luz y recuerdo cómo esa imagen se fue desvaneciendo poco a poco entre la arboleda verde y reluciente del patio.

- Esa fue la última vez que le vi –dije con la mirada perdida en algún punto sobre la mesa.

Al salir de la tetería nos despedimos de Miriam, así como de aquel emblemático lugar.

- ¿Adónde vas ahora? -me preguntó Tomás; y tras una breve pausa contesté:
- Creo... que quiero ir a la facultad.

Tomás puso cara de estupefacción:

- ¿A la facultad? ¿a Rabanales...?
- Sí, a Rabanales –contesté bastante segura.

Aún no salía de su asombro:

- ¿Estás segura de que quieres ir a Rabanales? Está... Está medio derribado, no queda nada allí... excepto escombros y...

Pero el gesto de mi cara no suscitaba duda alguna; Tomás, con las manos en la cintura y procurando asimilarlo, dijo:

- Bien, ¿y cómo vas a ir?
- ¿Sigue habiendo tren?
- No, lo quitaron cuando empezaron las obras –hizo una breve pausa-. Y tampoco hay autobús.
- Está bien, ya me las apañaré, cogeré un taxi.

Estaba dispuesta a despedirme, cuando: «Está bien, te llevaré yo».

Nos montamos en el coche, aparcado en una esquina frente a un quiosco y una vieja confitería. Era un pequeño Peugeot, lleno de polvo, papeles y periódicos por todas partes; en la radio sonaba una antigua canción... de los Beatles, cómo no, hacía mucho que no la escuchaba...

- Bueno, supongo que no podrás quejarte... Tienes lo que siempre has querido.

Respondí mientras observaba perpleja los CDs acumulados en el cajoncillo de la puerta:

- No creas, pagan realmente mal –hubo una pausa-. Y tú, ¿tienes lo que siempre has querido?

Soltó una leve risilla, no dejaba de mirar al frente:

- A ver... tengo mucho papeleo, mucho que traducir, que corregir, muchos artículos y...muy poca pasta.

Afirmé con otra irónica risilla y eché un vistazo a la montaña de papeles y libros que se almacenaba a mi izquierda: entonces vi asomar el pico, no podía ser... ¿no sería...?

- ¿Por qué has vuelto? –dijo de pronto. Sus palabras retumbaron con gran fuerza en mis adentros; y tras una leve pausa y cierta expresión de tristeza, contesté:
- Aún no lo sé.

Volví mi cara hacia la ventanilla y vi los árboles pasar a lo largo de la avenida.... De pronto volví a pensar en el libro; lo saqué de entre el montón de papeluchos: *Relatos del atardecer*, un pequeño ejemplar de bolsillo, una simple obra mediocre perteneciente a mi humilde y reducida colección:

- Lo has comprado...
- Sí –me dijo él, sin despegar la vista de la carretera.
- No vale mucho –dije con indiferencia.

Tras una breve pausa y pasar un semáforo en ámbar:

- Yo no lo creo así. Creo que es el principio de un gran comienzo.

Su cara, con el pelo que le caía por las orejas y esas gafas finas pero algo desgastadas... no había cambiado nunca.

Una vez estábamos en su cuarto, en el piso de estudiante donde él vivía por entonces; yo estaba sentada en la cama, íbamos a hacer un trabajo de inglés y de repente puso en ese cacharro esa música antigua de rock...

«¡Qué es eso!»; «Es música, en inglés, es buena»; «¿Y quién escucha esto?», decía entre irónica y pasmada; «Pues nosotros»; «¿Nosotros? Dirás tú».

- Gracias, Tomás.

Aparcó el coche junto a la acera polvorienta; el escenario que se alzaba ante nosotros mostraba una inmensa explanada amarillenta y desértica, cuyos escasos árboles dejaban caer una a una sus últimas hojas.

Nos dirigimos muy callados hacia un edificio grande y descolorido que sobresalía al final de la calle. En la entrada, dos o tres vallas cortaban el paso y una montaña de tierra excavada se había esparcido por el interior convirtiéndolo todo en un lugar frío y

ruinoso.

Caminé unos segundos bajo los elevados techos cuando, de repente, la vi: la puerta con ventanitas circulares que daba al salón de actos. Me acerqué y abrí cautelosa: las enormes grietas del techo y las paredes dejaban traspasar sutiles rayos de luz que permitían distinguir con suficiente claridad el interior del aula: a un lado, la pizarra donde se iba a proyectar la última película con don Diego; trataba sobre el romanticismo, tema que el profesor reverenciaba. Y justo enfrente, intactos, como si el tiempo hubiera huido de ellos, se elevaban los asientos rojos y sentenciosos... al igual que aquel día, aquel día en que vi la cara muerta de Marta por última vez... Ahí estaba su sillón, ahí encumbrado, increíblemente enfocado entre las sombras... por un rayo de luz... procedente de la ventanita circular. Sentí un veloz escalofrío. En ese momento me acerqué a la puerta pavorosa y observé con detenimiento: el pasillo exterior poseía unos grandes ventanales que daban al patio: el resplandor, unido a los colores refulgentes de las paredes, había producido aquel efecto óptico que tanto me había trastornado.

Al cabo de un tiempo escaso me percaté, para sorpresa mía, de algo que no había advertido hasta entonces: ya no había fantasmas. Ya no veía sus cabezas flotando, ni la silueta gruesa sobresaliendo en el umbral... Habían desaparecido. Entonces me encontré con una sala abandonada, llena de tierra y escombros, y con Tomás a mi lado, que también la observaba inmerso en sus pensamientos.

Volvimos a caminar por la acera y la tarde estaba a punto de acaecer cuando, vi aquel pequeño aulario postrado ante mí; «¿Vas a entrar ahí?», me dijo Tomás; «Sí. ¿Vienes conmigo?». Tras un momento de silencio: «No, te espero aquí».

En el interior, frente a la entrada, había una pequeña cabina de cristal y a la izquierda unas escaleritas; subí hasta la segunda planta, esta daba a un pasillo largo con numerosos departamentos. Jamás me había olvidado de aquella misteriosa salita, a la cual me había sido imposible acceder antaño y, cuyo pomo, se encontraba ahora atrapado en mis manos: abrí la puerta: cuatro o cinco mesas se esparcían por la habitación, sobre ellas decenas de frascos rotos, probetas, termómetros, agujas de incalculables dimensiones... Y lo más frustrante de todo: una jaula; una jaula pequeña y vacía que una vez fue la prisión desmoralizante de un animal...

Una extraña sensación de tristeza inundó mi mente. A un extremo del pasillo, una puerta de metal daba a una terracita; me asomé y observé desde la barandilla la plenitud del campo que se extendía por aquel lado. Apenas lo divisé unos segundos cuando, Tomás se apoyó a mi lado, e igualmente observó.

«Un laboratorio experimental», dijo sin retirar la vista de la explanada. «Tú siempre lo supiste todo... ¿verdad?». Se escuchó el suave revoloteo del viento; «Siempre supiste lo de los remordimientos de don Diego, lo de la esquizofrenia y la procedencia de aquellos graznidos mucho antes que yo...»; seguí sintiendo el viento rozar mi cara antes de que Tomás dijera con abatimiento: «Sí... pero tú estabas mal y yo no quería...», «No importa», le interrumpí; y los dos continuamos observando durante unos momentos la inmensidad de aquel paisaje desolado.

Después di media vuelta y me disponía a salir cuando escuché las siguientes palabras:

«Yo ya me olvidé de los fantasmas, del romanticismo, de don Diego y de las esquizofrenias...»

Sus palabras resonaban con tal ahogo, con tal desaliento, con tanta sinceridad que...

«... Únicamente a ti no pude olvidarte».

... sonreí; sólo sé que el viento me invadió más fuerte y yo sonreí.

Después caminamos lentamente hacia el coche y nos fuimos alejando tras esa última puesta del sol.

Con el tiempo, yo también me olvidé de los fantasmas, de las esquizofrenias y del trágico final de aquellos días.

Ahora sé que parte de mi corazón se quedó en Córdoba, en el seno destruido de aquella vieja facultad. Poco a poco he ido hallando la luz, he ido descubriendo el sentido de las recónditas palabras del profesor don Diego.

Aunque, a decir verdad, he de confesar que aún hay algo a lo que no he logrado escapar... Todavía hoy, hay algo que me perturba y que me asusta, que me aflige y que me destruye, que me condena. Ocurre, cuando leo unas líneas del libro de don Diego, o cuando pienso en el romanticismo.... Pero, sobre todo, cada tarde, cuando el sol se esconde y el cielo se va tornando de un turbio color rojizo... comienzan los angustiosos chillidos del pájaro.

FIN